SR. PBRO. D. NICOLAS FIGUEROA,

ARCEDIANO DE LA CATEDRAL DE SAN CRISTOBAL.—CHIAPAS.

SR. PBRO.

DON NICOLAS FIGUEROA

ARCEDIANO DE LA CATEDRAL DE S. CRISTOBAL, CHIAPAS.

AMAR i servir a Dios en esta vida para después verle i gozar en la otra, es el fin principal del hombre.

Su corazón es un nido de esperanzas, de constantes anhelos por adquirir la felicidad, que a cada momento se le escapa como una vaga ilusión de un cerebro calenturiento, así duerma al calor de una derruida cabaña, como en el perfumado ambiente de un palacio.

Orgulloso el potentado disfrutará de sus inmensas riquezas que le proporcionarán lujoso fausto i pasajera satisfacción de sus caprichos; pero mentira, para su felicidad no basta el brillo deslumbrante de sus trenes con los que sólo consigue deslumbrar a la miseria.

En el fondo de su alcázar, su alma siente el fasti-

dio, quizá el remordimiento de una conciencia manchada por faltas, o por delitos quizá, que ignora o disimula ante el brillo del oro la sociedad en que vive, tolerándole sus vicios.

Aquel hombre, en el hastío del placer, siente otras aspiraciones, ansia de nuevos goces, nunca satisfechos a la medida de sus deseos.

Qué mejor prueba de que el mundo que habitamos no es el destino del hombre, pobre peregrino en un desierto de lágrimas i dolores.

Así, pues, es forzoso creer en una eternidad en donde el alma encuentre su reposo, la realización de sus esperanzas i esa dicha desconocida que sólo puede encontrar en el seno amoroso de su Creador.

Si es cierto que hai hombres en los cuales la depravación i el crimen han borrado el remordimiento, esta excepción nada prueba en contra del sentimiento universal, porque no podemos juzgar, como ha dicho un escritor, del que tiene el uso de todos sus miembros, como si juzgáramos del paralítico que no puede valerse de ellos.

No, esa voz interior de la conciencia es propia del corazón humano, ella es la que nos revela nuestras faltas i nos conduce al arrepentimiento.

Ruge el tigre en los intrincados laberintos de los bosques hasta devorar su presa, i satisfechos sus instintos de sangre va a dormir tranquilo en el fondo de su obscura caverna.

Satisfecho el instinto animal, no hai nada en su interior que conmueva sus entrañas, permanece tranquilo, sin que nada revele en los músculos de su carnicero semblante que tiene la conciencia del mal.

Pero el hombre homicida, a todas partes lleva en su frente, como Caín, el estigma de la reprobación universal.

Podrá huir, como la leyenda cantada por el poeta, a lo profundo de los bosques, a las soledades del desierto, levantar muros de piedra para ocultarse; pero en todas partes se levantará en su presencia el fantasma aterrador del remordimiento que pone a su vista el cadáver ensangrentado de su hermano.

Pero la Religión viene en su auxilio.

Si el hombre no puede rehabilitarse por sí mismo, la religión de Cristo, como un complemento a sus debilitadas fuerzas, le tiende una mano salvadora.

Para detenerle en el camino del mal, presenta ante la opulencia la inconstancia de la fortuna i lo frívolo de las vanidades humanas; ante los arrebatos de la cólera que provocan al homicidio, el menosprecio a las riquezas. Su inmensa caridad no tiene límites para el que ha tenido la desgracia de caer en el pecado, porque la caridad todo lo sufre, todo lo perdona, pues según la expresión del Apóstol, Dios, de quien ella dimana, es caridad, *Deus est Charitas.*

Bajo su manto protector no hai criminal a quien no acoja; el más perverso, cualquier monstruo de iniquidad ante los ojos de los hombres, tiene en la religión una mirada de piedad, un lugar al arrepentimiento; porque Cristo no ha querido la muerte del pecador, sino que se convierta i viva, exigiendo para

lo pasado el dolor i para lo futuro la virtud, que adonde abunda el delito se sobrepone la gracia.

Ubi autem abundabit delictum, superabundavit gratia. (Epístola de S. Pablo a los Romanos, cap. 5, v. 20.)

I esta doctrina consoladora es la que anima al cristiano para poner su fe sólo en Dios, dispensador de todas las gracias i de todas las misericordias.

Estas nobilísimas aspiraciones del alma hacia una suprema felicidad, es la prueba más palmaria de la inmortalidad del espíritu humano i la existencia de su Creador, que con invisibles llamamientos le atrae por el camino de la virtud a su seno paternal.

Decía el grande orador romano, Cicerón: "hai en el hombre un poder que le lleva al bien i le aparta del mal, que no sólo es anterior al nacimiento de los pueblos i ciudades, sino tan antiguo como el mismo Dios, por quien existen i son gobernados el cielo i la tierra; porque la razón es un atributo esencial de la inteligencia divina, i esta razón que hai en Dios determina necesariamente lo que es vicio i lo que es virtud."

No es, pues, el sepulcro el término de nuestra existencia, no es la soledad de la muerte lo que nos aguarda para sumirnos en la eterna noche del olvido, no es mucho menos el eterno castigo preparado para los réprobos, que, insensatos, persisten hasta última hora en desoír las inspiraciones de la conciencia, sea por orgullo o por infundado temor; no es la dulce voz del Padre cariñoso que nos espera en el cielo,

nuevos hijos pródigos, para hacernos verdaderamente felices en el seno de la eternidad.

Por todo lo expuesto se ve de dónde i cómo ha surgido la más sublime de las religiones, que cuenta con adeptos dignos i afanosos, como lo es el que nos va ocupar en las presentes páginas.

El Sr. Arcediano, Lic. D. Nicolás Figueroa, nació en Comitán (Chiapas).

Fueron sus padres D. Rufino Figueroa i Dª Gertrudis Agueda, que profesándole un inmenso cariño, supieron inculcar en su alma ese tesoro de virtudes que le ha servido de egida para no desmayar en las tortuosas veredas que el destino nos tiene trazadas desde que impele nuestros primeros pasos por el camino de la existencia.

I ¡cuánto tino, cuánta cordura le son precisas al hombre para caminar sin tropiezo por esa tenebrosa pendiente! ¡Cuánta fuerza de voluntad nos es precisa para no caer en la tentación!

Templada, pues, su alma sencilla en el santo temor de Dios, pudo afrontar sereno todos los embates de la desgracia, hasta la eterna separación de sus amantísimos padres, cuya preciosa existencia segara la implacable guadaña de la muerte.

Dotado desde sus primeros años de una vocación ardientísima por el sacerdocio, cuando ya tuvo la edad competente para principiar sus estudios eclesiásticos, entró al Seminario Conciliar de Chiapas, donde hizo una lucida carrera, obteniendo en todos sus exámenes supremas calificaciones.

De esa suerte, trabajando con asiduidad i constancia, haciéndose superior a las vicisitudes que le rodeaban, arrasando los obstáculos que se le presentaban ante su paso, obtuvo el premio tan anhelado a sus sufrimientos, recibiendo el sagrado Presbiterado en junio de 1856.

Comenzó desde luego a prestar sus servicios a la humanidad, siendo tan útil, tan benevólo, tan equitativo i cariñoso, que no tardó en captarse la simpatía de cuantas personas le trataban.

En 1861, siendo Rector del Seminario, se afanó muchísimo por el progreso de la juventud. Durante esa época sus trabajos prolijos fueron tan fructificantes que formó dignos discípulos que le darán gloria a Dios Nuestro Señor.

En ese mismo año se trasladó a Guatemala, i en algunas de sus poblaciones fundó establecimientos de instrucción, conquistándose por ello el aprecio de sus habitantes. Con la filantropía propia de un mi nistro de Jesucristo, empleaba nuestro biografiado todos sus recursos, auxiliando al infeliz huérfano que gemía en las calles sin tener un pedazo de pan con que pasar el día, protegiendo a la pobre viuda que desolada lamentaba su desgracia i ayudando, en fin, al enfermo, no solamente con las medicinas del alma, sino también con las del cuerpo.

Estos hechos, tan loables i generosos, le valieron los elogios de la prensa Centro-Americana.

Uno de los enfermos a quien protegió le dedicó la composición siguiente, publicada en algunos diarios de Guatemala, que nosotros insertamos aquí con el objeto de que sea conocida por nuestros lectores:

AMISTAD.

Al Pbro. Lic. D. Nicolás Figueroa.

Dulce afecto, sensación—Del alma virtuosa i pura,
—Bálsamo suave que cura—Las llagas del corazón;
Que a la vida de paz viste—I al mundo de dicha llena;—Palabra que dulce suena—En el corazón del triste.

No hace mucho que decía—Con desengaño profundo,—Que tu afecto en este mundo—Ningún mortal lo sentía.

Porque me ví abandonado—I por la congoja herido,—I mi lánguido quejido—No oyó el mundo despiadado.

Mas no: penetró en mi hogar,—Donde yo desfallecía,—Donde mi esposa moría,—Tu consuelo tutelar.

No entonces decía, triste,—Con sentimiento profundo:—De "Amistad" en este mundo—Sólo la palabra existe.

Sino morando en tu seno,—Dije con acento triste:
—"Tu tesoro sólo existe—En el corazón del bueno;"
Pero no en la hipocresía—Del bastardo fingimiento—Tu faz cubre i das aliento—A la franca simpatía.

Por eso mi voz levanto,—Voz que gastara la pena,—I de gratitud resuena—Este inharmonioso canto;—I al mundo engañoso digo—De la verdad con el tono:—"La dicha fija su trono—En el alma del amigo."—A. VALDÉS.

En 1866 regresó a Chiapas, donde estuvo desempeñando algunos curatos, volviéndose a encargar en seguida de la Diócesis del Colegio del Seminario, donde con la pericia que del más ilustrado pedagogo puede imaginarse, rigió aquel plantel, afanándose, hasta lo inverosímil, por el adelanto de los seminaristas.

Durante siete años estuvo a su cargo este colegio, i en todo este período logró ponerlo a la altura de los mejores de su género.

En 1873 fué nombrado Prebendado de la Santa Iglesia Catedral, después ascendió a Canónigo i últimamente a la dignidad de Arcediano.

Por su conocida filantropía, por su acendrado amor a la instrucción i por las mil virtudes que adornan al Sr. Arcediano Figueroa, es de presumirse que no esté lejano el día en que esa despejada frente, que denuncia su talento, llegue a ser ceñida por la mitra episcopal.

SR. PBRO. D. JOSE FERNANDO MACAL,
PREBENDADO DE LA CATEDRAL DE CHIAPAS.